**Reflexión textos-documentos**

Cuando a principios de este curso tuvimos la oportunidad de leer la Carta Pastoral de nuestro obispo Demetrio, me llamó la atención la parte en que nos hablaba de campos especialmente importantes y que constituyen un reto para la Iglesia actual. Entre esos retos se encuentra el de poner en valor el papel de la mujer.

Desde la escuela invitamos continuamente a nuestros alumnos/ a informarse, formarse y educarse en la igualdad de hombre y mujer. Se trabaja en el currículo de cualquier área, y queda patente su importancia en las competencias clave. No son menos importantes las fechas en que celebramos en los colegios el "Día contra la violencia de género" o el "Día de la mujer trabajadora". Y todo esto me lleva a pensar que a pesar de todo este esfuerzo por nuestra parte aún no hemos logrado una situación de verdadera igualdad.

Para unos, este tema está superado. Creen que todo comentario sobre las exclusiones sufridas por las mujeres es una queja innecesaria. Para otros, es una realidad aún por superar, sobre todo en la práctica. Finalmente hay quienes jamás se plantean este tema.

Pero… ¿y yo? Como parte integrante de la Iglesia de nuestro tiempo, como mujer, y por supuesto como docente pensé en seguida que este es un tema de vital actualidad. Entonces volví mi mirada a Jesús de Nazaret, al que considero un pionero en su manera de ser y de actuar. Uno de sus elementos característicos, tal y como nos lo muestran los Evangelios, es, sin duda, su relación con las mujeres, particularmente en los años de su vida pública.

No obstante, para entender la grandeza y profundidad de esta relación, y todo lo que ella implicó en aquel tiempo y en aquella sociedad, y sus repercusiones en la historia humana, tenemos que conocer la menos someramente, la situación en la que vivían las mujeres de entonces.

Es por eso que hemos estado leyendo y meditando los textos a este respecto y, por mi parte, he llegado a ciertas **conclusiones**.

Ciertamente hoy en día nos cuesta imaginarnos hasta qué extremos llegó en el mundo antiguo la discriminación de la mujer. Sócrates las ignora y Platón no encuentra sitio para ellas en su organización social. También en el mundo hebreo en tiempos de Jesús existía un separatismo en las leyes imperantes, de tal modo que la mujer no podía participar en la mayoría de las fiestas religiosas y no podía estudiar la torá. No se aceptaba su testimonio en juicio alguno. Estaba obligada a un ritual permanente de purificación. Se la consideraba una posesión del marido. Estaba obligada a las faenas domésticas, no podía salir de casa sino a lo necesario y convenientemente velada, no podía conversar a solas con ningún hombre bajo pena de ser considerada indigna y hasta adúltera.

Siempre se atribuía a ella la esterilidad de la pareja. La discriminación en caso de adulterio era radical. Esta humillación llegaba en el campo religioso, sobre todo, a situaciones increíbles. Tres veces al día todo judío varón rezaba así: *"Bendito seas tú, Señor, porque no me has hecho gentil, mujer o esclavo" .* A lo que la mujer debí responder, agachada la cabeza: *"Bendito sea el Señor que me ha creado según su voluntad".*

Este era el mundo en que se movió Jesús y estas las costumbres en las que fue educado. ¿Compartió Jesús estas discriminaciones? ¿Cómo las trató Jesús?

En medio de una sociedad patriarcal Jesús, haciendo alusión a los relatos de la Creación, introduce un cambio fundamental de mentalidad y actitud con respecto a la mujer. Le devuelve su lugar original, es decir, en igualdad de dignidad, de naturaleza y derechos con respecto al varón. Él se relaciona libremente con varias mujeres, haciendo caso omiso a las prescripciones sociales que segregaban a la mujer. Las trata con naturalidad, espontaneidad, y conversa abiertamente con ellas. Siente un afecto especial por ellas, pero siempre les muestra sumo respeto, discreción, dignidad y sobriedad, y evita comportamientos chabacanos, atrevidos o peligrosos. Acepta sus gestos femeninos de afecto y fidelidad, se asocia con ellas, las admite en la comunidad de discípulos y permiten que lo acompañen en sus viajes, y sin embargo nadie pudo echarle en cara ninguna sombra de sospecha en este delicado aspecto.

Si bien este comportamiento revolucionario de Jesús es considerado por sus discípulos algo sorprendente y genera muchas reacciones de parte de sus adversarios.

El movimiento de Jesús, a diferencia de otros fenómenos similares contemporáneos, no es de carácter exclusivo, sino inclusivo. No se restringe a una élite de puros que margina a los demás, sino que convoca a todos, de manera especial a los excluidos por el sistema vigente de la Ley y el templo. Los que veían confirmada religiosamente su discriminación social (pecadores, publicanos, los niños, leprosos, las mujeres…) encuentran acogida y se reconocen en el movimiento de Jesús. Caen las discriminaciones y se abre el acceso a Dios a todos los miembros del pueblos, y especialmente a aquellos que, a causa de su situación, tenían menos posibilidades de experimentar a Dios.

La participación de las mujeres en el movimiento de Jesús no se puede reducir al eco   
que encuentra entre los pobres. La superación de las estructuras patriarcales está presente   
en el anuncio del reino de Dios y, por eso, la mujer se siente interpelada en cuanto mujer.   
El Dios de Jesús restituye su dignidad a las mujeres, igual que a los hombres.

La reciprocidad total de las relaciones entre el hombre y la mujer, basada en la igualdad   
de su condición personal y ante Dios, es una novedad que Jesús introduce y que estaba   
llamada a tener hondas repercusiones históricas.

Jesús se diferencia de sus colegas judíos y de la mayoría de los maestros religiosos de antes y de después de Él, tanto orientales como occidentales. Nunca pinta a la mujer como algo malo, ni en ninguna parábola se la ve con luz negativa. Con su comportamiento sin prejuicios, Jesús libera fundamentalmente a la mujer para una consideración social. De hecho las mujeres están presentes con toda naturalidad en las reuniones de los discípulos de Jesús y tienen en la comunidad tareas importantes. Las diferentes tradiciones evangélicas coinciden en hablar de la existencia de un grupo numeroso de discípulas que acompañaron a Jesús. Las primeras seguidoras eran mujeres galileas que se reunían para comidas comunes, o eventos de oración. Quizá ya entonces tuvieran el sueño de liberar a las mujeres de Israel.

Es precisamente la corriente emancipatoria del dominio patriarcal la que posibilitó el nacimiento del movimiento de Jesús, como movimiento igualitario de hombres y mujeres. La actividad de las mujeres fue determinante para que el dicho movimiento continuara después de la muerte y resurrección de Jesús y se extendiera, incluso, fuera del entorno judío.

Para finalizar, y a modo de resumen, me quedo con la certeza y el convencimiento de que Jesús lucha con su cultura y no se deja sumergir por el machismo y la forma de exclusión de la mujer de su época. Está claro que Jesús descubrió y mostró el lugar que el mismo Padre tenía para nosotras.

Un lugar que todavía no logramos tener al completo y del que el Papa Francisco se hace eco manifestando con convencimiento la urgencia de ofrecer espacios a la mujer en la vida de la Iglesia. Como él mismo ha dicho "las mujeres ven las cosas de modo diferente y plantean preguntas diferentes, más profundas".